

LA PIEL AUSENTE

Crónica del amor
que se va



J. M. Amilibia

Ariel

J. M. Amilibia

La piel ausente

Crónica del amor que se va

Ariel

Primera edición: octubre de 2021

© 2021, J. M. Amilibia

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3378-6

Depósito legal: B. 13.386-2021

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



1 DE ENERO

Mi mujer se muere poco a poco y yo estoy apesadumbrado a primeras horas de la mañana porque hoy es un día sin periódicos.

Un día sin periódicos es un día raro. Un día muerto. Dan ganas de no levantarse de la cama. ¿Para qué, si el mundo se ha ido? Soy esclavo de la actualidad desde hace tantos años que ya sólo podría desintoxicarme si me convirtiera en naufrago solitario en una isla, como Robinson Crusoe. Pero dudo de que no siguiera escribiendo y enviando crónicas en botellas (si botellas hubiera en la isla; si no, en cocos) o simplemente leyéndoselas a un loro atento o a un mono aburrido que no aspirara a convertirse en humano. También trataría de escuchar las noticias en el viento o pegándome a la oreja grandes caracolas, y descifrando rumores, noticias falsas y novedades en las nubes.

Qué gilipollez.

Si de verdad quisiera desintoxicarme, sólo tendría que hacerme monje trapense y dedicarme a la búsqueda de mí mismo o de Dios mientras canto gregoriano. ¿Aceptan en los conventos a los descreídos o agnósticos? Luis Buñuel pedía un solo milagro *post mortem*: la gracia de levantarse cada mañana de la tumba para ir al quiosco más cercano, comprar los periódicos y leerlos sentado en un café. Quizá tam-

bién fumarse un cigarrillo o dos. Ya muerto, ¿qué importan los bronquios? Ningún inglés ha visto toser a un fantasma.

Ahora que ya soy casi un ermitaño, dudo de que la actualidad exista. Es una repetición de lo que ya fue; en todo caso, una realidad que muere nada más nacer devorada por otra recién nacida. Así sucede que a ninguna actualidad (ninguna realidad) le damos la oportunidad de crecer. La actualidad no se hace adulta nunca, como muchos de nosotros. A pesar de eso y algo más, engancha como la nicotina. En fin, que una mañana sin prensa tiene algo de irreal, pero sólo para los periodistas. A los demás se la trae floja: no leen más que en sus móviles o sólo ven la tele. A mí la ausencia de prensa me rompe la rutina, me deja la mañana como en pelotas, sin saber qué hacer, y eso es algo muy grave a los setenta y cinco, cuando ya eres (pese a que siempre dijiste que no lo serías) una especie de sombra atada a cuatro ritos que odia las sorpresas y los cambios, sobre todo las mudanzas.

Si cuando suena el timbre de la puerta temes lo peor, ya no tienes remedio.

1

En uno de sus relatos cortos, muy cortos, el escritor Rudy Kousbroek cuenta que desde que tiene memoria ha vivido con la sensación de que la realidad es provisional: «Todo lo que sucede ahora volverá a ocurrir más tarde, y sólo entonces será real; por ahora es solamente un ejercicio, un ensayo general». Esta idea perturbadora (más de lo que parece) tiene relación con lo que he escrito unas líneas más arriba: que la actualidad es una repetición de lo que ya fue. Puede que, efectivamente, la actualidad sea un ensayo general que se repite hasta la saciedad, por lo que es natural que los actores (nosotros) nos sublevemos de vez en cuando contra la insistencia en la repetición y organicemos eso que llamamos re-

voluciones, jornadas de protesta, golpes de Estado, levantamientos, caceroladas, huelgas, manifestaciones o escraches sin saber ni imaginar que estamos viviendo realidades provisionales (aunque muy cansinas) que sólo serán reales cuando vuelvan a ocurrir en un futuro lejano.

Quizá sólo nos rebelamos contra la monotonía, que es algo que históricamente nos ha cabreado mucho.

Nos agotan los ensayos sin llegar nunca al estreno, los ejercicios provisionales sin que veamos la meta, una realidad que no acertamos a descifrar y que, para colmo, necesita confirmación en el futuro.

Esta mañana me agobia la sensación de provisionalidad. Me llama el redactor jefe del periódico para decirme que están esperando mi sección y le digo que no se apure:

—La realidad es provisional: todo lo que ocurre ahora no es real; lo será cuando se repita en el futuro, quizá cuando se haya repetido un millón de veces o algo así. La actualidad, amigo, es algo siempre sin confirmar. Así que a la mierda eso de confirmar las noticias por tres fuentes distintas.

—¿Ahora bebes también por las mañanas? Venga, envía de una puta vez la entrevista.

No me he atrevido a decirle que se ponga en lo peor porque cuando todo se vuelva real y por fin estrenemos la función tan ensayada, me temo que será el Apocalipsis. Y entonces estaremos bien jodidos, porque los reporteros seremos sustituidos por ángeles con trompetas que anunciarán todo lo que haya que anunciar.

No es por quitarle mérito a la idea de Rudy, pero me parece que los políticos hace tiempo que intuyeron que la realidad es provisional, y por eso mantienen con tanta firmeza que ellos no mienten nunca: simplemente prometen cosas (trabajo, pensiones, rebajas de impuestos, viviendas, felicidad, etc.) que sólo serán posibles cuando, mucho más adelante, la realidad sea de verdad la realidad (la realidad chachi, la fetén), cuando la comedia que ahora ensayan deje de ser provisional.

Lo que más les cuesta aceptar a los líderes y a los políticos en general es que sus cargos sean provisionales. Eso duele.

No le comento nada de este rollo a Ketty, claro, no vaya a creer que su cáncer de pulmón en fase IV es también temporal. Pero sería muy de agradecer que la muerte también fuera provisional para que, después de experimentar unas cuantas, aprendiéramos a hacerlo como Dios manda, con serena resignación. O que se nos ofrecieran otras opciones: si te gusta, te quedas tan ricamente en la nada; si no, puedes volver como zombi, fantasma o vampiro, a elegir. Esta hipótesis tiene antecedentes bíblicos: parece claro que Lázaro sufrió una muerte provisional hasta que llegó Jesús y le dijo aquello de «levántate y anda» para resucitarlo con un milagro que fue mucho más valorado por la audiencia que la conversión del agua en vino. Dicen que Lázaro vivió muchos años, pero ¿su muerte fue la primera muerte definitiva?

2

Si yo entendiera bien a Nietzsche, podría pensar que la idea de Rudy tiene algo que ver con la del eterno retorno del pensador alemán. Pero lo dejo ahí, no me apetece empezar el año tomando lextatines para la ansiedad.

3

Año nuevo, vida nueva.

Nadie parece caer en la cuenta, como yo, de que el año nuevo es viejísimo.

Volver a casa es ingresar en la realidad. En la tele suena el concierto de año nuevo de la Filarmónica de Viena. Mucho Strauss. Una vez estuvimos Ketty y yo en Viena y bailamos un vals, creo recordar que en los jardines de un edificio histórico repintado de un horrible color pastel, ante un quinteto

disfrazado de época, con sus pelucas blancas y demás. No pude vestirme de húsar, como era mi ilusión.

Me gustaron mucho las pastelerías de Viena y los cafés. Y un barquito en el que navegamos por el Danubio, que no era azul. Quisimos visitar la casa de Freud (si es que la han conservado; imagino que sí), pero no estaba programada en la hoja de ruta de la agencia de viajes y al final, en las horas libres, nos olvidamos de Freud y preferimos ir a un precioso casino a jugar nos los dólares que nos quedaban.

Ketty tiene diarrea y vómitos. La poca cena que hicimos, indigna de la Nochevieja, le sentó mal. No durmió en la cama porque temía ahogarse. Las arcadas fueron continuas, como las náuseas. Prefirió quedarse en su sillón del salón, que es reclinable, con la cabeza bien levantada y una palangana a mano para vomitar. Y ahí sigue, echando flemas y bilis, arrojando hasta lo que no comió, en una situación que tiene que resultarle especialmente odiosa a una mujer que siempre cultivó la elegancia como una forma de vida. Nada puede herir más su sensibilidad que esta situación repulsiva de vomitonas y cagaleras; a veces pienso que le hiere más que la propia enfermedad y la muerte, y le humilla de manera especial que yo esté a su lado, mirándola. No le importaría que la mirara un enfermero, un médico; pero soy su marido, el que ha hecho el amor con ella, un testigo incómodo en este caso porque a buen seguro considera que los íntimos no deben ver intimidades repulsivas.

¿No tienes nada que hacer, no tienes que escribir?, dice para borrar me de su lado. Y yo, obediente, me voy al despacho. Generalmente ella prefiere huir, esconderse en el cuarto de baño, y si yo, alarmado por el mucho tiempo que lleva recluida, golpeo la puerta para averiguar qué le pasa, grita airada que la deje en paz, que está bien; tampoco me quiere espiando detrás de las puertas. El baño es el escondite de sus miserias durante gran parte del día y de la noche. Sé que a veces apaga la luz. Sé que a veces se duerme sentada en la taza. Yo vigilo con la oreja pegada a la puerta por si se pro-

duce una más que posible caída. Ocurrió una vez, y tuve que llamar a los vecinos para que me ayudaran a llevarla a la cama. Antes de que llegaran limpié como mejor pude los excrementos del suelo y le quité a mi mujer medio inconsciente la ropa interior manchada, no sin repugnancia.

No creo que el baño sea refugio adecuado para ocultarse de una señora como la Parca, que se caga en todo. Pero ¿adónde va a ir mi mujer para ocultar sus miserias? Es el único rincón de la casa donde puede esconderse.

Ketty siempre ha sido muy propensa a la ocultación de las manchas, tanto las familiares como los lamparones comunes. En un viaje, si se ensuciaba la camiseta o la falda y el hotel quedaba lejos (lo ideal era siempre cambiarse rápidamente, cambiarse de todo, como si la diminuta suciedad hubiera contaminado su vestuario completo), la solución de urgencia consistía en comprarse un adorno brillante y dorado, un pañuelo, quizá un broche, puede que un pin, que ocultara el churrete. Lo que se escondía debajo de un adorno dejaba de existir para ella y para el mundo. Las ocultaciones, qué gran ayuda.

La mujer incapaz de vivir con una mancha a los ojos de la gente. Ésa es mi Ketty.

4

La verdad es que nunca nos hemos querido tanto como en los malos tiempos. Cuando estuve en la cárcel, cuando salí de la cárcel, cuando perdimos más de lo que teníamos en los casinos de Biarritz, cuando nos quedamos sin casa, cuando la operaron de la cadera, cuando se murió *Fanny* (la perra), cuando me visitó el linfoma B difuso de células grandes, cuando la quimioterapia que padecí, cuando llegó su cáncer de pulmón en fase IV, o sea, ahora mismo, cuando...

Sufrimos muy bien al unísono, nos une mucho la desgracia. Deberíamos ser siempre unos pobres desventurados (¿no lo

somos?) para vivir abrazados en el cálido nido del cariño cada día reafirmado.

Alguna vez se me ha pasado por la cabeza que nunca fuimos más felices que en los primeros tiempos de nuestra relación. No nos conocíamos mucho (¿ahora nos conocemos, después de más de cuarenta años juntos?) y eso no era lo que más nos importaba. Follábamos mucho, bebíamos, viajábamos y jugábamos en los casinos, descubriendo sin ningún sentimiento de culpa lo vulnerables que éramos a todos los placeres. Vivíamos la pasión (¿o ya era amor?) en un presente sin preguntas, como una sorpresa o un encuentro feliz que había que gozar deprisa por si se desvanecía como la belleza luminosa de los fuegos artificiales.

Aún no era el tiempo de las mentiras piadosas, los reproches, las broncas y los largos silencios pactados. No había llegado el cansancio ni la cómoda aceptación de cierta monotonía. Todavía no éramos los muebles de la casa común, unas costumbres bien avenidas, ni nos habían castigado toda una serie de desgracias en fila india.

5

Al atardecer me pide que le lea algo. Esto es nuevo en el año nuevo.

—¿La prensa? ¿Un cuento de Chéjov? ¿Una revista del corazón? —pregunto.

—Me contaste no hace mucho que estabas trabajando en un libro de relatos —dice.

—Sólo tengo apuntes de dos o tres miserables líneas, la mayoría en los márgenes de recortes de periódicos que contienen historias que quizá me puedan inspirar algo un día; ahí no hay nada que se pueda leer, cariño.

—Improvisa sobre los apuntes, desarrolla la historia sobre la marcha; así nació la literatura, ¿no? —insiste—, con los cuentos de los viejos de la tribu al amor de la hoguera.

Me considero incapaz de la improvisación que me pide. Así que le leo un cuento oral de Oscar Wilde (le gustaba improvisar relatos en sus conversaciones, algunos de los cuales transcribieron sus amigos y que hoy están en *El arte de conversar*) sin decirle que es de Oscar Wilde, claro: «La resurrección de Lázaro».

Al llegar Jesús al lugar donde yacía el muerto ordenó con voz estentórea:

—Lázaro, levántate y anda.

Y aquel que estaba muerto echó a andar.

Y por fin, cuando lo libraron de las mortajas que antes lo constreñían, Lázaro no cayó a los pies de Aquel que lo había despertado, sino que permaneció en silencio y aparte.

Y Jesús se acercó hasta donde estaba y hablándole en susurros le dijo:

—Tú, que has estado muerto durante cuatro días y ahora has vuelto con nosotros, dime, ¿qué hay más allá de las tinieblas de la tumba?

Lázaro miró a Jesús con actitud de reproche y dijo:

—¿Por qué me has hablado con falsedad y por qué insistes en contar mentiras sobre las maravillas del Cielo y la gloria del Dios eterno? Pues sepa, rabí, que no hay nada después de la muerte y que el que está muerto, muerto está.

Al oír esto, Jesús alzó un dedo hasta sus labios y con un ruego en la mirada dijo:

—Lo sé, pero no se lo cuentes a nadie.

6

Ketty quizá crea que soy el autor. No lo pregunta, únicamente comenta: siempre he creído que lo de Lázaro fue un caso de catalepsia, ya sabes, eso que también llaman la Muerte Aparente. Mi mujer es judía no practicante, aunque su padre fue rabino en Buenos Aires. Nunca lo hemos hablado,

pero deduzco que, como la Torá, prefiere dejar el Más Allá en un misterio que cada uno pueda interpretar a su manera. Imagino que el paraíso ideal de Ketty, su cielo, sería un gran centro comercial de lujo en el que pudiera comprar en rebajas artículos muy llamativos, casi todos dorados y con adornos de pedrería multicolor, y muchos zapatos. Comprar, parar un rato a tomar un café solo bien cargado, llamar a una amiga que probablemente esté comprando en otro centro comercial, intercambiar novedades, comentar (me imagino) lo poco que ya follan los maridos y seguir comprando. Y si además hubiera por ahí un casino, jugar al blackjack un rato.

Me temo que la nueva llegada del Mesías a la Tierra, que en el Más Allá se anunciará con alarde de trompetería, le pillará de compras.

Dándole vueltas a la catalepsia he imaginado algo terrible: si sufres un ataque de ese mal y te despiertas (que ya es mala suerte) en plena incineración, eso será para ti el infierno. Al menos por un rato, que quizá te parezca eterno, morirás convencido de que el infierno existe.

A mí me gustaría retorcer el cuento oral de Oscar Wilde y revelar lo que Lázaro realmente les contó a sus familiares y amigos cuando Jesús se marchó. Que el lugar que él había visitado era como la Tierra, lleno de enfermedades, miserias, dolor y desesperación desde los tiempos en que María ascendió a los cielos en carne mortal. Su alma, le explicaron allá, sería todo lo blanca y pura que se quisiera, merecedora de toda gloria y veneración, nadie lo dudaba, pero su cuerpo resultó ser tan contaminante, infeccioso y miasmático como cualquier otro cuerpo humano procedente de la Tierra, con sus bacterias, virus, bacilos y otros gérmenes patógenos. Al corromperse el cuerpo de la Virgen (en el cielo no existían técnicas de embalsamamiento: nunca habían tenido necesidad de ellas) en un lugar exento de las defensas propias del sistema inmunológico, esta situación, inédita en el Primer Cielo, el Segundo e incluso el Tercero, provocó

lenta pero irremisiblemente todo tipo de enfermedades en los hasta entonces puros e inmaculados cuerpos celestiales. Ella sufrió mucho por todo esto, lamentó mil veces haber ascendido al paraíso en cuerpo y alma, sobre todo en cuerpo, incluso se comentó que había discutido con su Hijo por haber permitido tamaña barbaridad, y decidió desde entonces convertirse en la Dolorosa por toda la eternidad, con el corazón atravesado por afilados puñales. Un corazón simbólico, claro. Era un modo de expiación.

—¿Y Dios? —le preguntaron expectantes los allegados a Lázaro—. ¿Existe?

—Pregunté, pero me dijeron que estaba con gripe.